

Muy buenas ganas le tengo.
Mas pues que todo está en orden
y nada ofrece recelo,
duerman tranquilos y olviden
sus infortunios acerbos.

(Vase.)

PIERRES. (Se va incorporando al paso que se re-
tira Alarcon, y cuando éste desapa-
rece, se levanta y va como detrás de
él hácia la puerta.)

Señor Alarcon, mil gracias
por sus cortesés requiebros,
y por las ganas también.

Reviente con ellas presto.

(Viene al medio de la escena.)

En mi vida me ha cabido

dósis más grande de miedo.
Temí que me saludaba
con un puntapié á lo ménos.
¡Pues si oliera!... No hay cuidado.
Sepa, señor carcelero,
que le hacemos la mamola,
porque es un pobre mostrenco.
Y si otro fuera mi amo,
y no andara en devaneos,
chasco os llevarais tan grande
que os dejara patitieso.

(Se acerca al lecho del rey.)

Señor, ya se fué.— Durmióse.

Pues no es mal cuajo por cierto!

... Mas ha hecho bien á fe mia.

A seguir voy yo su ejemplo.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salon del alcázar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, sentado junto
á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado
de escribir, y EL CONDE de pie junto al sillón.

EMPERADOR. Esta noche ha de llegar,
con el alma lo deseo,
el importante correo,
ó mañana á más tardar.

CONDE. También yo anhelo que venga,
porque al cabo el compromiso...

EMPERADOR. De un modo ó de otro preciso
es que fin, y pronto, tenga.
Todo un rey, y un rey de Francia,
más de un año prisionero
es triunfo muy lisonjero
á mi poder y arrogancia;
pero también en verdad
es ya embarazo forzoso
para la paz y el reposo,
conde, de la cristiandad.

CONDE. Si ratificado viene
el tratado, que en rigor
á vuestro gusto es, señor,
y á ambas coronas conviene,
la paz queda asegurada.

EMPERADOR. Y al momento, yo lo abono,
vuelve Francisco á su trono,
toda discordia olvidada.

CONDE. ¿Y si orgulloso el francés
arrollase...

EMPERADOR. No lo espero.
Se precia de caballero
el rey Francisco, y lo es.

CONDE. Pero es la Italia una prenda
de mucho empeño y valor.

EMPERADOR. De la Italia soy señor,
¡ay de aquel que la pretenda!
Del imperio, ó de la España,
siempre la Italia será,
y en ella tres veces ya
se hundió la francesa saña.
Y con Pescara, Alarcon,
el del Vasto, Juan de Urbina,
Leiva, Santillana, Encina,

y otros caudillos, que son
de esfuerzo y pericia soles,
¿quién la Italia ha de pisar?
¿Quién querrá el valor tentar
de los tercios españoles?

CONDE. Señor, con tales soldados
y tan nobles capitanes,
todos vuestros sabios planes
verá el orbe realizados.

EMPERADOR. Sí, con española tropa,
en quien yo mis glorias fundo,
estrecho se me hace el mundo,
conque, ¿qué será la Europa?

CONDE. Teneis razon que es estrecho,
si recordais tanta hazaña
como las armas de España
en Indias hacen y han hecho.

EMPERADOR. Pues si el plácido reposo
de la cristiandad consigo,
verás á mis piés, amigo,
el africano coloso.

CONDE. ¡Oh! plegue á la Omnipotencia,
que la morisma postrada...

EMPERADOR. Dad, conde, al alcalde entrada,
que espera hace rato audiencia.

CONDE. (Acercándose á la puerta.)
El alcalde.

Sale EL ALCALDE, hace una profunda
reverencia, hinca una rodilla en tier-
ra é inclina en ella la vara.

ALCALDE. Emperador
siempre glorioso y augusto,
mi rey siempre grande y justo,
á vuestras plantas, señor...

EMPERADOR. (Grave.) De la tierra, alcalde, alzá,
y alzá la vara, que yo
acato también, y no
la quiero en tierra. Llegad,
(Se levanta y acerca el alcalde.)
que porque en la tierra anduvo
anoche, mi celo os cita,
pues hablaros necesita
de aquello que anoche hubo.
¿Qué desórdenes, decid,
son esos que han ocurrido,

ALCALDE. y que habeis vos permitido con escándalo en Madrid?
 EMPERADOR. ¡Señor! (Severo.) ¿Os parece nada que se turbe, donde asisto, el reposo, ¡vive Cristo! de la noche sosegada? ¿Que se atropelle y se asombre á habitantes desarmados, que pasean descuidados, y esto sólo por un hombre? ¿Que á los que salen á dar inocentes alboradas se les dé de cuchilladas, sin amparo alguno hallar? ¿Y que á la santa justicia, á una ronda, á vos, en fin, se insulte, y se ofenda, sin atajar tanta malicia?...
 ALCALDE. (Turbado.) Es cierto...
 EMPERADOR. Nada digais. Lo que anteanoche ocurrió, y lo que hubo anoche, yo lo sé mejor que pensáis. Y sabed (puede os importe) que no quiero yo que en balde ronde á Madrid un alcalde de mi casa y de mi corte. Despejad.
 ALCALDE. (Se retira muy turbado haciendo reverencias y dice aparte al salir.)
 EMPERADOR. Turbado y loco salgo. Juro á Dios rondar mejor, y el yerro enmendar, ó tengo de poder poco. (Vase.)
 EMPERADOR. Entre Hernando de Alarcon. Sale HERNANDO DE ALARCON y pone una rodilla en tierra.
 ALARCON. César invicto, postrado...
 EMPERADOR. Alzad, valiente soldado. Llegad, noble campeón.
 ALARCON. (Se levanta y se acerca.) Viva el generoso rey, que se complace en honrar á un anciano militar.
 EMPERADOR. Es honrarlo justa ley, que un glorioso veterano y de fama tan suprema es puntal de la diadema y apoyo del soberano. Es prenda de la victoria, de la juventud ejemplo, y tiene altar en el templo de la sempiterna gloria. ¿Cómo estais?
 ALARCON. Viejo, aunque fuerte,

y harto ya de verme ocioso, que condenarme al reposo es condenarme á la muerte.
 EMPERADOR. Pronto á Italia habeis de ir.
 ALARCON. Si está en paz aquella tierra, mandadme donde haya guerra, que es donde os puedo servir. Que aun con esfuerzo me hallo para esgrimir el montante, llevándome por delante un escuadron de á caballo.
 EMPERADOR. De vuestro glorioso acero, arrojo y noble lealtad, buen Alarcon, en verdad aun muchos triunfos espero. ¿Y el preso?
 ALARCON. Bueno, y alarde haciendo de su paciencia.
 EMPERADOR. ¿Lo visitais con frecuencia?
 ALARCON. Señor, por mañana y tarde, porque es precaucion precisa, y para mí dura, hacer requisa al amanecer, y al ponerse el sol requisa. De hacer vengo la postrera. ¿Y cómo está?
 EMPERADOR. Señor, es su alteza al cabo francés, y de condicion ligera. Algunas veces, muy pocas, está hundido en el despecho, arrancando de su pecho lágrimas y voces locas; y á la tierra, y al abismo, y á los cielos amenaza; ropa y muebles despedaza, y se maldice á sí mismo. Pero á todo se acomoda, es afable, tañe, canta, con buen apetito yanta, y duerme la noche toda. Da voces de guerra y mando, cual si un escuadron rigiera, y rie como un cualquiera con su bufon embromando. Mas cuando habla de su madre y de Francia, tierno llora; cosa que á mí me enamora, y que es justo que me cuadre. ¿Y con vos?
 EMPERADOR. Siempre cortés
 ALARCON. me honra con noble atencion, y en trato y conversacion afable y discreto es. Y demuestra aficion mucha sobre guerra á platicar,

y en esta materia hablar con gran atencion me escucha.
 EMPERADOR. ¿Y de mí... dice?...
 ALARCON. Jamás le oí decir cosa ninguna, se queja de su fortuna; ¿de vos?... No faltaba más. Lo que me pasma es su aseo y ver lo que se engalana, y lo mucho que se afana por el buen porte y arreo. Por las tardes, cual si fuese á algun sarao, señor, se atilda con tal primor...
 EMPERADOR. Uso de su tierra es ese. ¿Y de mí qué deseais?
 ALARCON. Señor, en primer lugar veros, y humilde besar la mano con que me honrais; y en segundo suplicaros, como há un año lo reitero, me quiteis de carcelero, que no soy...
 EMPERADOR. En aliviaros de tan ardua comision no tardaré, descuidad, que muy pronto en libertad quedará el rey, Alarcon. Mas en tanto...
 ALARCON. Obedecer me toca sólo; aunque todos mis achaques de mil modos me dan en Madrid quehacer. Con la sedentaria vida la maldita gota crece, y ya se me reverdece una herida y otra herida. No es para mí la quietud. En los sitios y batallas, vestido de duras mallas, siempre gozo de salud. Cautivar reyes mandadme, y lo haré al punto, á fe mia, como hace un año en Pavía, mas de guardarlos libradme.
 EMPERADOR. Poco tiempo os queda ya de guardar tal prisionero. La paz ventajosa espero y todo se arreglará; y con alto galardón, aunque no cual mereceis, á Italia regresareis, buen Hernando de Alarcon.
 ALARCON. Dadme á besar vuestra mano.
 EMPERADOR. Yo os la presento de amigo.
 ALARCON. (Besándola.) Mil veces á Dios bendigo

que nos dió tal soberano. (Vase.)
 EMPERADOR. (Al conde.) No se hallará en todo el un soldado más cabal. (mundo)
 CONDE. Su lealtad es sin igual, su valor es sin segundo.
 EMPERADOR. ¿En la antecámara, conde, hay álguien que espere audiencia, álguien que pida justicia, álguien que gracia pretenda?
 CONDE. No, señor, ya ha recibido vuestra majestad excelsa á cuantos la honra anhelaban de veros.
 EMPERADOR. (Se levanta del sillón.)
 En hora buena. Gracias á Dios, que cumplida ya la obligacion estrecha, que el cielo impone á los reyes al ceñirles la diadema, descansar un rato puedo dando á los cuidados tregua por el plazo de la noche; que si tirante la cuerda siempre tuviese, bien pronto rompiérase la ballesta. Estar siempre de aparato, siempre en las altas esferas de políticos proyectos, combinaciones y empresas; ya con la espada de Témis siendo de los hombres regla, ya con el rayo de Jove amenazando á la tierra, postra el ánimo más grande, rinde la más noble fuerza; que al cabo hombres somos todos de frágil naturaleza. Y diz que hasta el mismo Atlante, que el firmamento sustenta, aunque para esto tan sólo en medio de Africa reina, descanso anheló; y gozóse cuando Alcides se lo diera, tomando un rato en sus hombros el orbe de las estrellas. Vamos, pues, algunas horas, olvidando las grandezas de trono, corona y cetro, que tanto deslumbra y pesan, á ser hombre y en la vida civil á lograr aquellas ventajas y diversiones, que nunca á palacio llegan; pues dijo bien aquel sabio que dijo, que reinar era la esclavitud más penosa,

la más dorada miseria.

CONDE. No hay en Europa monarca que más justamente deba disfrutar de algun descanso, dar á sus cuidados tregua, que vos, señor, á quien nunca tales reposos enervan, y que á estados tan diversos como os dió la Providencia, pues es ya vuestra corona un cúmulo de diademas, vuestros desvelos abrazan, vuestra vigilancia llega, vuestras miradas se extienden y vuestra mano gobierna, sin que falte la justicia, sin que el órden se subvierta, sin que un punto se descuiden su proteccion y defensa. Descansad, que es conveniente, descansad, invicto César, si recobrais descansando para el mando mayor fuerza. Y descendiendo á la vida civil un rato, encubierta la majestad, no tan sólo gozar vuestro objeto sea, sino examinar vos mismo, por vos tambien, las diversas necesidades que afligen á los vasallos; pues llegan tarde ó mal ó nunca al trono, por lo que jamás encuentran el alivio que pretenden ni los remedios que anhelan.

EMPERADOR. Decís bien, conde, y dichoso yo en mis diversiones fuera si nuevos conocimientos para gobernar me prestan. Mas no hablemos de negocios, que á los negocios dí treguas. ¿Sabes tú que todo el dia fija he tenido la idea de aquellos hombres que anoche hallamos junto á la puerta de doña Elvira, y que anhelo saber quiénes ellos sean?

CONDE. ¿Y al cabo, señor, qué importan?

EMPERADOR. Que si á ver á Elvira fueran...

CONDE. Ni tampoco en ese caso.

EMPERADOR. Yo no admito competencias.

CONDE. ¿Pues no bajais á la vida ordinaria?

EMPERADOR. Y dime, ¿en ella, ni en ninguna, en tales lances amorosas se toleran?

CONDE. ¿Con que estais enamorado?

EMPERADOR. No lo estoy, pero me empeña la discrecion y hermosura de Elvira. Y aunque no sea amor, sino pasatiempo lo que enredado me tenga, aquellos dos hombres, conde, en su calle me molestan; que aun en amores de chanza los celos matan de veras.

CONDE. Pues yo estoy, señor, dispuesto, y sin que nadie lo sepa, á limpiar la calle.

EMPERADOR. Conde, satisfecho no se queda en estos lances de celos, que al amor propio interesan, si cuando hay que andar á golpes se aplican por mano ajena.

CONDE. Y ¡qué, señor!... ¿vos?...

EMPERADOR. ¿Acaso no puedo lo que otro pueda? Y descendiendo á la clase de un particular, es fuerza que á las duras y maduras de tal condicion me atenga.

CONDE. Pero sois quien sois al cabo.

EMPERADOR. Pues te juro que desea mi pecho algun lance de estos en que lucir mi destreza.

CONDE. Se ve, señor, que sois MOZO.

EMPERADOR. Sí, lo soy, no es extrañeza que, sin faltar á sagradas obligaciones, divierta el ánimo en tales cosas. Pronto en vida más estrecha, mudando de estado, conde, me verás.

CONDE. Pliegue á Dios sea pronto, que ya aguarda el mundo, señor, con justa impaciencia del tal leon los cachorros, que el dominio de la tierra aseguren para siempre en vuestra prosapia excelsa.

EMPERADOR. Avanzada está la noche. Dí que me sirvan la cena, en tanto que me disfrazo para ir á dar una vuelta.

CONDE. ¿Saldré con vos?...

EMPERADOR. No es preciso. Quédate aquí, y está alerta; y si llegase el correo que tanto nos interesa, irás á avisarme al punto, pues sabes dónde, y la seña. (*Vase.*)

CONDE. Sólo obedecer me toca, señor, las órdenes vuestras.

ESCENA II

Sala de casa particular con mesa y sillas y dos candeleros con luces.
Sale D.^a LEONOR.

D.^a LEONOR. ¿Si seré tan desdichada como anoche ¡ay Dios! lo fui, y estaré esperando aquí para quedarme burlada? Aun nada he sabido, nada, de lo que anoche ocurrió. El que la ronda encontró fué don Juan, esto es lo cierto. Le importa estar encubierto... ¿Pues por qué lo espero yo? Si otro encuentro ha de tener, si por mí ha de peligrar, no me venga, no, á rondar, no me venga nunca á ver. Paciencia sabré tener en la ausencia y el olvido, porque mi amor no es fingido; ántes es tan puro y fuerte, que preferiria la muerte á verle comprometido. Tambien el emperador (que por más que disimula mi prima, aunque harto la adula, es su amante rondador), anoche, ¡duro rigor! vió á don Juan y está celoso. Esto me quita el reposo y todo, todo lo temo, que siempre hay peligro extremo en turbar al poderoso. Mas segun es esforzado don Juan, ¡ay triste de mí! por venir á verme, sí, todo lo expondrá arriscado. Esto aumenta mi cuidado, esto mi ansiedad mantiene, esto afanosa me tiene; y es tal mi dolor prolijo que si no viene me aflijo, y me aflijo por si viene. Aquella carta primera, que me escribió este francés, y que así rindió á sus piés mi condicion altanera, ¿era hechizo?... ¿rayo era? ¿O con qué tinta encantada, ¡cielos! estaba trazada, que así el pecho me incendió, que así el alma me robó,

que así quedé enamorada? Y su talle, y su expresion, y su hablar, y hasta el venir á un rey vencido á servir, que es noble y gallarda accion; cuanto en él vió mi atencion todo me enciende y cautiva, todo mi pasion aviva, todo, cielos, me enloquece, y tan sólo me parece que para amarle estoy viva. Mas... ¿quién es? Un caballero, caballero de alta ley, que tal lealtad á su rey lo publica al orbe entero. Y... sea quien fuere, le quiero, y me quiere. Loca estoy; ni se ¡ay triste! lo que soy ni qué ventura pretendo, ni yo á mí misma me entiendo; ciega y despeñada voy.

Sale DOÑA ELVIRA.

D.^a ELVIRA. Esta noche, venturosa vas, querida prima, á ser, y no tardarás en ver al que esperas amorosa.

D.^a LEONOR. ¿Seré, Elvira, tan dichosa?

D.^a ELVIRA. ¿Y por qué no, mi Leonor?

D.^a LEONOR. Porque del cielo el rigor se complace en perseguir...

D.^a ELVIRA. No debes eso decir. Fué mera casualidad lo de anoche.

D.^a LEONOR. Sí, es verdad, mas se puede repetir.

D.^a ELVIRA. No, prima. Ya está acostado nuestro tío, y puede entrar, sin que tenga que aguardar, en cuanto llegue, tu amado.

D.^a LEONOR. ¿Y vendrá?...

D.^a ELVIRA. ¿Quién lo ha dudado? vendrá. Mas forzoso es encargarle que despues al salir no se detenga, no sea que el otro venga, y... ¡fuera expuesto, ya ves!

D.^a LEONOR. Pues por el encuentro ya de anoche afligida estoy, y aun me recelo que hoy por él don Juan no vendrá.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Señora, en la calle está tu galan, hizo la seña, y baja á abrirle la dueña.